

NOS VEMOS EN LOS JUZGADOS (Tomás Hevia Armengol)

Esperé frente a las puertas de los juzgados de Plaza de Castilla vestido con mi mejor traje y mi corbata más lucida. Estaba mucho más nervioso de lo que quería reconocer. Mi intención nunca había sido llegar tan lejos pero de algún modo me habían forzado a dar ese paso. La otra parte llegó con retraso pero hicimos entrada en la sala al mismo tiempo. Arrojado por los míos escuché en silencio al juez y, al final de su corta perorata, me derrumbé y reconocí los hechos: “Sí, señoría, acepto a Ana como mi esposa”.

RUIDO Y MÁS RUIDO (Patricia Haro Guerrero)

Tuvimos una relación ruidosa, marcada por un compás continuo que nos envolvía. Ese suave tintineo. El que tocaban tus largos pendientes cuando movías la cabeza o reías a carcajadas, el de los cubitos de hielo de esos mojitos ahogados en menta, el de tus tacones de aguja cuando se adueñaban del asfalto y como olvidar el la hebilla de tu bolso que te empeñabas en llevar medio abierta. Ruido y más ruido mecía nuestro mundo con un suave balanceo. Hasta que la música cesó con un estruendo. El del vaso que estrellé en el suelo cuando me dijiste adiós.

PRESA VIVA (Mari Cruz Tristán Richarte)

Lo tenía a tiro. Lo había rastreado durante horas, coleccionando sus huellas en la mugre, y poniendo cuidado en moverse siempre en contra del viento. La presa tenía una sensibilidad extremadamente delicada y era escurridiza. Si llegaba a percibir el acecho huiría y lo perdería para siempre. Pero ya casi era suyo. Tensó el arco, sintiendo la presión en los músculos y el empuje de la adrenalina en las venas. Apuntó. La víctima se rebeló en un aleteo de cachemir cuando sintió al cazador sobre ella. ¡Era suyo! Un magnífico ejemplar de fular salvaje, que luciría glorioso sobre su cuello.

TARIFA NOCTURNA (Inés Diaz Arriero)

Se levantó de la cama despacio, procurando no hacer ruido para no despertarle. Caminó de puntillas sobre la mullida moqueta y comenzó a vestirse con parsimonia. Alcanzó su bolso, sacó del interior una barra de labios y cubrió su boca de un rojo intenso. Envolvió su cuello con un suave pañuelo de seda, adornó sus orejas con un par de brillantes y ocultó sus ojos tras unas enormes gafas de sol. Ruborizada, depositó el dinero acordado sobre la mesita de noche. Tomó sus zapatos de tacón alto y salió al pasillo en silencio, prometiéndose que aquella sería la última vez.

EN LA SOMBRA (Eduardo Sagaseta Jiménez)

Agazapado esperaba una oportunidad. Le sentaba tan bien el bolso, tan conjuntado a pesar de sus vivos colores africanos. Le realzaba la sugerente figura marcando el pecho al llevarlo cruzado. Su graciosa caída sobre la cadera. No sé por qué, aun siendo el momento oportuno, decidí que no se lo robaría. No podría ver ese bolso a otra chica.

VI CONCURSO DE MICRORRELATOS

BIBLIOTECAS PÚBLICAS AYUNTAMIENTO DE MADRID



MICROTENDENCIAS

Un complemento y 100 palabras para diseñar una historia



FINALISTA



GANADOR

INCOMPARECENCIA

Álvaro Jiménez García

El señalamiento fijaba la vista en nuestra alcoba. Como buen abogado, me centré en los hechos y te arrebaté el pañuelo de tu cuello con mi primer argumento. Después, mi exposición llegó al ombligo, donde frenaste mi camino:

Protesto – dijiste – no te has bañado.

Admití la enmienda, buscando tu absolución, y me zambullí en la ducha. Acicalado, seguí las evidencias de tu ropa interior hasta el lecho, donde yacías desnuda, divina y profundamente dormida. Ante tu incomparecencia, suspendí la vista (¿quizá oral?), interponiendo un recurso de amparo al televisor para que alguna mujer en dos dimensiones revocara tu inesperada sentencia.

2º CLASIFICADO

ETERNO COBRE ENAMORADO

Purificación García Martínez

No sólo los diamantes son para siempre. Fui el collar de Tulia, una romana pelirroja como yo, a quien adoré. Amor y dolor emanaban de su pecho. Nos enterraron juntos. Años después, unos saqueadores me robaron y me convirtieron en moneda. Vi pasar los siglos de mano en mano. Alguien me perdió mientras caminaba. Me encontró un chatarrero que me transformó en tubería. No me faltó el agua durante lustros. Finalmente, me hicieron cable de internet. Traspasando información, vi una foto de la estatua de Tulia con su collar... conmigo. La miro cuando quiero estar con ella, amarla de nuevo.

NO SÉ MENTIR (José Luis Ruiz de la Roja)

Hoy te veo desconsolada. La verdad es que los años que dejaste en el camino no te han tratado bien. Recuerdo cuando eras joven y todos te adulaban; continuamente reclamabas mi atención, y yo siempre estaba ahí, a tu lado, recordándote esa mirada luminosa, serena y seductora. Pero hay que aceptar el paso del tiempo, y yo en eso siempre he sido muy fiel y te lo he hecho ver. Ahora siento que después de años juntos, cualquier mañana cuando te veas triste y gris, en un arrebató, me retirarás del bolso, y pagarás conmigo los cristales rotos.

ALAS ROTAS (Eva Barreiro Díaz)

Hay mañanas en las que me persigue un sombrero. No me da miedo. Parece amable. Es educado. Siempre saluda. Me cuenta cosas. Habla mucho de ti. Últimamente le ha dado por decir que te lo olvidaste en la oficina de correos. Que tenías prisa por comprarme unas rosas. Que no viste a aquel camión que había perdido los frenos. Que te acuerdas mucho de mí y todavía me quieres. Le creo. Con todas mis fuerzas. Las que ya no tengo cuando me obligan a tomar eso. Y me mienten. E insisten, en que los sombreros, no vuelan.

REY (Miguel Angel Gayo Sánchez)

Alguien olvidó un sombrero en el asiento trasero de mi taxi. Repasé las carreras y ningún cliente encajaba con la distinción de aquel sombrero, un fedora de estilo clásico rematado con cinta de seda. Un día empecé a utilizarlo en el tedio de las paradas. Algunos de mis compañeros me recriminaron: “¿Quién se habrá creído? Otros aducían razones prácticas: “Es bajito. El sombrero lo eleva unos centímetros”, o médicas: “Está calvo y le protege de las insolaciones”. Pero ya no pienso quitármelo. Y es que un sombrero es como una corona. Ahora, me siento el rey de los taxistas.

EL PRECIO DE UNA LÁGRIMA (Pilar Ugarte Muñoz)

Los hombres que a mí me enamoran, saben llorar. Virginia lo dijo con tanta firmeza que tragué saliva y la sonrisa, que momentos antes de su inapelable aseveración a floraba a mis labios, quedó congelada. Ella me miraba seria, esperando mi reacción, jugueteando con un delicado pañuelo bordado con sus iniciales. Y yo no quería, ¡no podía dejarla escapar! La incipiente sonrisa se ensanchó, creció hasta transformarse en carcajada. Una carcajada incontrolable, casi histérica, que me llenó los ojos de lágrimas.

LA CESTA DE MIMBRE (Miguel Leopoldo García Peña)

La anciana se refugió bajo los soportales, empezaba a llover. La gente iba, como siempre, con prisas, acelerada, mirando el mundo sin verlo. Nadie se fijaba en la antigua plaza de piedra, ni cerraba los ojos para oler el viento. Ella aprendió eso, y mucho más, de su padre: un sabio analfabeto. “Aprende despacio, por placer; observa mucho; habla poco; apasionate con cosas que a pocos interesen, eso te hará especial.” Sabiduría, que no estudios, pues nació en tiempos de escasez y penuria. Dejó la cesta de mimbre a un lado; hoy no vendería ni un pañuelo.

LIGANDO EN MADRID (Soraya Paniagua Moro)

Después de meses de reclusión, por fin salía con mis amigos a tomar unos cócteles al bar más molón del centro. Lo vi acercarse, con su traje negro de Armani. Me saludó efusivamente, elogiando mi esbelta figura y mi corte de pelo, "tan corto". Entonces me preguntó qué había hecho. -"Quimioterapia" le respondí seriamente. Cuál fue mi asombro cuando me contesta: -"¡Qué bueno!, ¿en la Complutense?". Debería haberlo imaginado: eso de que el tipo llevara gafas de sol dentro del local...

EL HOMBRE PERFECTO (Daniela Barragán Ehrenfried)

¿Quieres casarte conmigo? ¿Yo...? eh... creo que no la he entendido bien. ¿He preguntado si querrías casarte conmigo. ? ¡Pero si ni siquiera nos conocemos! ¡Yo sí que te conozco! ¡Pero...! ¡Mira tú corbata! ¡Si sólo hay que verla para saber cómo eres! Azul turquesa con líneas finas y elegantes, un nudo pequeño, tela de buena calidad... Eres un hombre intelectual, profundo, detallista, leal, que sabe vestir, íntegro... Vamos, un hombre de los que ya no quedan. ¡Señorita... a mi madre le encantará saber que le agradan las corbatas que ella me compra, ¿pero... ? ¡Y te dejas aconsejar por mujeres! ¡Perfecto!

PENÚLTIMA OPORTUNIDAD (Ernesto Ortega Garrido)

Cuando se encontró en un callejón sin salida, dio marcha atrás, retrocedió hasta el cruce y regresó a casa. Se tragó sus palabras. Se quitó el anillo y el traje de novio. Deshizo las maletas. Volvió con sus padres. Despegó los sellos de las cartas que le había escrito. Borró su número de teléfono. Sacó la lengua de su boca. Se separó de sus labios, salió del bar y desdobló la esquina. Se armó de valor, respiró con fuerza, descontó hasta diez y entró de nuevo: -Hola, tu cara me suena, ¿no nos hemos visto antes?

RITUAL NUPCIAL (Vanesa Proaño Puerta)

¿Algo prestado? Los guantes de Carmen. ¿Algo azul? La liga que compraron mis hermanas. ¿Algo viejo? La tiara de la abuela. ¿Algo nuevo? Los zapatos de aguja. Una mañana soleada. La iglesia. Los invitados. Los padrinos. El cura. Mi novio y... una duda. La pregunta del párroco es el detonador que me pone en movimiento. Tiro el ramo, empujo a mi dama de honor y corro pasillo abajo. ¿Algo prestado (robado)? El coche de Sofía. ¿Algo azul? El color de mi madre al verme huir de mi boda. ¿Algo viejo? El recuerdo de Marcos. ¿Algo nuevo? Un futuro por escribir.

FLUJO DE AGUJEROS (Mariano Rivero Franco)

Soy un maniático, lo reconozco, pero es que son muchas horas detrás de la barra, sirviendo cafés, observando a los clientes. Me he dado cuenta que Tomás, el empleado del taller, ha ganado esta semana un agujero en su cinturón, al igual que Julio, su compañero. Sin embargo, Don Enrique, el jefe de ambos y dueño del negocio, ha perdido dos agujeros. Es como si los que ganasen ellos, los perdiese él. Me preocupa que siga perdiendo agujeros, no por él, que es un capullo, sino por ellos, que no sé de donde van a poder sacar más.

FINALISTAS

YA ESTÁ BIEN (Javier Hidalgo Ramos)

A quien pueda leer esto, ayúdenme, se lo ruego. Soy Maruja Manzaneque. Yo trabajaba en los estudios como aprendiz de modista. Un día, la señora Garland se sintió indispuesta y hubo que cancelar el rodaje. Por descuido, dejó sus zapatos rojos, los que lucía en la película, olvidados en el pasillo del camerino. No pude evitarlo, me los probé. Si es una broma, ya está bien. Oz es agradable, pero para quince días en verano, no más. Pepe, mi Pepe, mira que te dije que en las Américas nada bueno podía pasarnos. Besos a los niños.

VIENE EL VERDE (Alejandro Gil Posada)

La ira volvió a encender sus mejillas. Cerró los ojos y se preparó para lo inevitable. Todo comenzó a reventar tronando, crujiendo y restallando. Los botones salieron disparados rompiendo espejos y anunciando siete años infortunados. Las cremalleras escupieron piezas dentales metálicas y la ropa se deshizo en una lluvia de hilos. Arrollando aquella columna humana a la que daba forma, se estiraba y se arrugaba, crujiendo de forma inaudible con cada respiración. El cinturón se abrazaba a él con firmeza, apretando y estrujando, exprimiendo aquella incontenible presencia. A Hulk no se le caerían los pantalones.

OFICIAR BODAS (Natividad Díaz Sánchez)

Oficiar bodas es una ocupación que realizo por delegación o ausencia, ataviada de mis mejores joyas, voy directa al grano, unas pocas palabras de introducción como: - *Henos aquí reunidos...* Dichas en un tono solemne, tal y como requiere la situación, para llegar rápidamente a: - *Lo que ha unido el hombre... no lo separe la lavadora* Y escojo dos calcetines, los uno amorosamente, los doblo formando una pelotita y los lanzo, desde la línea de tres puntos que marca la puerta de la habitación al cajón, su hogar provisional hasta que llegue el momento de jugar de nuevo a casar parejas.

QUID PRO QUO (Sandra Monteverde Ghisolfi)

Entre sollozos quedos y palabras de aliento, se oyó el característico cascabeleo de las pulseras de la abuela. El bisnieto mayor exclamó: - *No, otra vez no. ¡No puede ser cierto!* Y le contestó una inconfundible voz, vieja, cascada y sempiternamente sarcástica: - *Pues va a ser que sí. - Pero lo prometiste. Lo dijiste bien claro: la tercera es la vencida* - se quejó él. Y tras un nuevo tintineo, la anciana se incorporó y le respondió: - *Y tú prometiste que éste sería diferente, que habría música, café y pastas y resulta que es el velorio más aburrido que he visto.*

PRÉSTAMOS (Antonio José Royuela García)

Gemelas y educadas para no ser egoístas, me costó mucho trabajo entender por qué siempre era yo la que prestaba. Las gafas de sol y un cinturón que nunca me devolvió fueron el inicio de nuestras desavenencias. Se sirvió de absurdas excusas para ir desvalijándome lentamente de mis pequeños tesoros. La mañana que me pidió prestado a mi marido no supe qué contestar. Era mi hermana y a él pareció no disgustarle la idea. Diez años más tarde todavía miro por la mirilla antes de abrir la puerta, no sea que mi hermana necesite algún que otro complemento.

PASATIEMPOS (Isabel Wagemann)

Un botón es un objeto redondo y amigable. Suelo mezclarlos con las monedas de mi cartera. En la panadería, me gusta pagar con uno amarillo y, sin inmutarme, pedir el cambio. Era de dos euros, decir, y enfadarme si la vendedora, desconcertada, me enseña el botón. Yo insisto en los céntimos que -a esa altura- afirmo a gritos que me quieren robar. Lo mejor es cuando salgo de allí con mi barra de pan, recojo del suelo las monedas que me ha tirado la chica, y las mezclo, sin prisa, entre los botones de mi cartera.

CONTABLE E INCONTABLE (Tomás Hevia Armengol)

Ochocientos ochenta y tres pasos y seis besos tuyos separan nuestra casa de mi oficina. Cuarenta y dos escalones y siete miradas tuyas separan nuestra puerta de la de nuestro edificio. Veintidós baldosas y cuatro largos abrazos tuyos separan nuestra cama de la de nuestro hijo. Treinta y dos centímetros y una caricia tuya separan mi mano del despertador. Ahora que de ti sólo quedan tu eco y tu anillo, cada distancia se ha vuelto infinita.

UN POBRE HOMBRE (Karin Gil Rico)

Ahora todos usaban sombreros para protegerse del sol porque una rara enfermedad había dejado sin pelo y barba a los del pueblo. Él lloraba sin consuelo, no por su bigote ni su calva; un mes antes había vendido su tienda de sombreros para comprarse una barbería.

UN HOMBRE DURO (Antonio Llop Sánchez)

No salía de casa sin sus gafas de cristal ahumado y su rictus severo. Pero al hombre que se sentó junto a él aquella mañana en el autobús eso no parecía impresionarle. No dejaba de mirarlo con una sonrisa bobalicona. Incapaz de aguantar tanta vulgaridad se levantó, al tiempo que el conductor frenaba bruscamente. Contra la barra se rompieron sus gafas y se golpeó en la boca. Ahora le preocupa el desgarrar de su músculo risorio. No sólo no puede recomponer el gesto serio, sino que, encima, se le ha quedado instalada la sonrisa estúpida del hombre del autobús.

ILUSIONISMO (Sergio González Moya)

Tras volver al camerino, el mago sigue sin explicarse qué es lo que ha salido mal. Han hecho el número como siempre. Presentación. Ejecución. Prestigio. Ella ha entrado en la jaula como siempre, la ha cerrado, la ha tapado con el pañuelo y ha insertado las siete dagas. Como siempre, como en cada ensayo, como en otras actuaciones. Sin embargo, no puede evitar mirar sus guantes de algodón blanco ensangrentados y recordar cómo al retirar la tela ella seguía allí, ensartada en los hierros, sin haber podido usar la trampilla. ¡Pobre paloma! Quizás debería volver a los trucos de naipes..

¡QUIERO IR A EUROVISIÓN! (Guadalupe Fernández Espinosa)

Olvidada por hijos, ignorada por nietos, ya no salgo apenas. Hace tanto que me dejó mi compañero, metido en una caja larga, que me cuesta recordarlo. ¡Ah! Días de juventud, vino y rosas. Éramos la pareja más admirada allá donde nos presentáramos, inseparables de nuestro mejor amigo, un tipo negro y largo con solapas brillantes que un día salió del armario para no regresar. Pero soy de temple animoso y últimamente siento un cosquilleo: hay futuro para una pajarita setentera de terciopelo un tanto ajado que perdió el fajín hace muchísimo. Solo necesito un concursante retro que vaya a Eurovisión.

EL NOVATO (Manuel Montesinos Moreno)

Le recordé que tocar las cosas de los muertos estaba prohibido. Le advertí que el eco, aquí, siempre engaña y nos hace escuchar lo que no existe. Sólo el paso del tiempo y la experiencia en el puesto le darán la sabiduría necesaria para distinguir lo que es de lo que está en trance. Entendió, sin alarmarse, que las tumbas murmuran y que las lápidas abiertas deben dejarse así, abiertas-porque a unos -le dije-, les cuesta más que a otros acostumbrarse a su nueva situación. Al despedirme le entregué los guantes, la pala y la estaca de madera.

ELUCUBRACIONES DESDE EL CAJÓN (M^a del Mar Imaz Montes)

Creí que lo nuestro iba a ser eterno, que llorarías si me olvidaras en casa, ¡Me sentía tan satisfecho de ser imprescindible! Aun percibo el suave tacto de tu piel y el roce furtivo de tus labios. Me has reemplazado por otro, dices que yo estoy anticuado. Pero que sepas que tu viejo fular no te guarda rencor y, ¡A las hombreras pongo por testigo, que algún día volveré a estar de moda! Mientras tanto, esperaré pacientemente con resignación. Acepta un consejo de este complemento desechado: ten cuidado con tu frágil cuello. No me malinterpretes, no te estoy amenazando.